



VERÓNICA
Volkow

Poemas del verde
antología de paisajes

Poemas del verde;
antología de paisajes



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Poemas del verde;
antología de paisajes

VERÓNICA VOLKOW

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Poemas del verde; antología de paisajes

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Susana Verónica Volkow Fernández

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-19-2

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-848-3

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/29/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez
Diseño y formación: Hugo Ortiz
Cuidado de la edición: Grecia Yisel Millán Herrera

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nuestro esfuerzo está dirigido a formar nuevos públicos lectores, sin descuidar la publicación de libros *necesarios*, por varias razones. Primero, porque creemos importante cultivar el espíritu humano frente a los problemas que se agravan en el mundo y en nuestra sociedad, con el objetivo de contribuir a la creación de una comunidad solidaria, pacífica y más justa e igualitaria.

Igual convicción tenemos en el aporte cultural del libro, en sus frutos, que modifican el pensamiento de la sociedad, ya que éstos no siempre interpelan a la razón o a la inteligencia, también le hablan a nuestro deseo de paz y tranquilidad, a nuestros prejuicios y limitaciones, a nuestro egoísmo y credulidad, a nuestros ideales, sufrimientos y anhelos.

Si aceptamos que la lectura es una actitud ante el mundo y la vida, más que un talento que involucra caracteres, técnicas y géneros, celebremos la creación de esta colección, *Mujeres. Razón y Porvenir*, por representar un paso más hacia la igualdad de género y un justo espacio para valorar el arte, la creación literaria y el pensamiento de las mujeres mexicanas.

Llegará el día en que la reflexión, la imaginación y la palabra carezcan de género, y se valore sólo la calidad y trascendencia de los trabajos artísticos e intelectuales. Por el momento, consideramos necesario apoyar la difusión de las creaciones femeninas con esta colección editorial, afán al que se suma —en las portadas de los volúmenes— el talento de mujeres mexiquenses destacadas en las artes plásticas.

Felicito a las escritoras, al equipo editorial y al público lector, por hacer de esta colección una valiosa aportación al enriquecimiento del espíritu humano.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Desde 1901 hasta 2021, el Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a 118 personas; de ellas, sólo 16 han sido mujeres. La gran diferencia nos muestra claramente que en el ámbito de la literatura, como en muchos otros de la vida humana, la participación de las mujeres debe ser promovida e impulsada.

Afortunadamente, esa situación ha comenzado a revertirse y hoy vemos cada vez a más de ellas en diversos cargos de responsabilidad pública, como las secretarías de Estado, los órganos de los poderes de la república y en la ciencia, la academia y la creación literaria.

Por lo anterior, y porque, como afirma la académica española Pilar Lozano Mijares, “la cultura es un instrumento decisivo para lograr la igualdad o, por el contrario, perpetuar la desigualdad entre mujeres y hombres”, los universitarios decidimos que la difusión cultural debe orientarse a fortalecer la identidad y la inclusión social, de tal modo que todas y todos los integrantes de la sociedad puedan gozar plenamente de sus derechos culturales mediante su participación en la producción, la distribución y el goce del patrimonio cultural.

En este contexto, resulta sumamente alentadora la iniciativa de coeditar, junto con la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, la colección editorial Mujeres. Razón y Porvenir, que incluye obras de los diversos géneros literarios y de ensayo filosófico.

Quisiera felicitar a los curadores de esta colección, tanto del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal como de la Secretaría de Difusión Cultural de la Uaemex, por haber logrado reunir esta maravillosa variedad de obras que ejemplifican claramente la elevada calidad de las escritoras y pensadoras nacidas en México, o bien, que desarrollaron parte relevante de su obra en nuestro país.

Sin duda alguna, esta colección editorial está llamada a ser un referente en materia de difusión de la literatura escrita por mujeres mexicanas. Y es, desde ahora, una invitación a cambiar el mundo desde la literatura y con la literatura. Sirvan estas palabras como una invitación a participar en esta aventura.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Poemas del verde;
antología de paisajes

TIERRAS

Popocatépetl

Aquí entre las rocas empieza la tragedia,
aquí en el hielo que destila sus úlceras,
en el acantilado que se quiebra,
en la pesadumbre ciega de la piedra.

Aquí tanto ser,
tanto ser de nadie para nadie,
tanta suavidad del musgo entre la yerba
y de la nieve en las pendientes dormidas,
tanta suavidad del viento entre la arena,
del viento entre los cardos y las nubes.
Viento que aquí ocurre como un destino anónimo
—desnudo como el paso
fantasmal del agua—
viento solitario que roma los peñascos,
viento en todas partes,
hasta en los poros de las piedras más chicas:
viento que es el rostro
aparecido del tiempo.

Paisaje

Las nubes flotan en el aire
y los pliegues de las montañas
prefiguran los futuros montes,
los zopilotes avanzan
por invisibles ráfagas
y desde siempre
el sol hace girar como relojes las sombras de los cactus.

El brillo saca sus filos.

Piedras reunidas
en los cauces de los ríos secos;
idéntico el camino del agua al de las piedras,
una minuciosa geometría
repite sus líneas.

¿Qué parte de la piedra se adelgaza?
¿Qué debilidades secretas
deciden los caminos?

Banda de campesinos

Manos nudosas de los músicos de pueblo,
manos que acarician, pulen,
que rasguñan la música
de los cueros, la madera,
que la golpean, que la soplan
hasta que brota, hasta que salta.

Voces ocultas de las cosas
que los hombres trabajan
como trabajan la arcilla, el metal o la cosecha.
¡Y está allí la música en el aire!
Voz entre las manos, sin palabras.
Aire golpeado, tallado, retorcido.
Manos que en el lodo, bajo el sol, entre la yerba
arrancan,
 retuercen,
 desentierran,
 rasgan.

Quito

Ondulación de las montañas tiernas,
 olas lentísimas,
crestas suspensas en abismos de piedra,
cielo que en pesadumbre de polvo se refleja.
ciudad sobre este torpe mar sin desenlaces,
diluvio sin final en que se afincan casas
y se entablan los juegos de la vida,
con su intercambio de cuerpos y monedas.
Alguien toca una puerta
o espera a un hombre que no llega,
alguien mata al hermano
o traiciona al amigo que más quiere,
alguien llora en una historia que no entiende;
y del padre al hijo y del hijo al hijo
es un nuevo dolor el que comienza,
pero a los ojos de un dios acaso tenga
la monotonía de un viento en el océano.

Pachacamac

En las costas del Perú
el desierto gana terreno sobre el agua:
conchas calcinadas, sal y costras
en los viejos caminos de las olas
a los que ya no regresan.
Y el desierto avanza
como el inmenso cascajo
de un antiguo mar;
fragmentos de peces, rocas, animales,
ahora idénticos.
Aquí y allá caracolas incrustadas,
o pétreas radiografías de ancianos peces
y el viento en todas partes removiendo
la arena como en olas.
Tiene un primer rostro la muerte que remeda
la vida como un eco.

Paisaje interior

Un camino infinito
no llega a ninguna parte,
un camino infinito sólo conduce a sí mismo
y es de hecho como una forma de laberinto,
continúa y continúa sin desenlace.
Un camino íntimo y sin fin, une y separa las partes.
Y no sé ya donde
se hundió para siempre
o se detuvo corriendo
la liebre de Parménides.
Y no sé en qué parte nos perdimos,
pero Cantor piensa y enloquece:
el camino se abre en todas partes,
y nadie sabe
quién desarticuló de esa forma los espacios,
quién abrió bajo los pies tantos abismos.

Casa de pueblo

Abres una lluvia en la casa,
el agua
como una piel sobre ti se resbala.
Hay unas cuantas cosas esparcidas
en las habitaciones blancas llenas de espacio:
el foco
(una gota de sol
en la noche),
una silla,
una cama,
un ovillo de hilo, una aguja
y apenas audible, intermitente,
el taladro minúsculo de un grillo.
Es como estar dentro de un cuadro de Miró, la casa.
¿Un ovillo de hilo es como un foco,
o quizá el hilo sirva para relacionar la silla y el techo
o para dar vueltas solo
como el humo?
Nos dormimos;
habrá que atravesar el sueño.
¿Y será como un río
o como otra secreta vida nuestra que vivimos,
una vida pequeña,

también como el sol y la lluvia en esta casa,
domésticos,
o será como ser devorados acaso
por esa extraña bestia del espejo?
Apagamos la luz,
cierras los ojos.
Mañana el sol recorrerá los muros de la casa,
¿y será un pájaro
o una tijera la que cante?

La estrella

La estrella llueve la estrella
tan de poco a poco gotea
en el aljibe
 la gota
 estrella
la noche de agua

sembrada de fuentes, de orígenes
la noche
mira sólo imágenes
como en los sueños

días cerrados como un punto
sin presencia
 la estrella
como pensamiento.

Tepeyólotl

¿Surgen, de qué, la roca, el tigre?
Vienen saltando al mundo de un origen,
algo por dentro les estalla,
gestual y silencioso,
y esa fuerza son, y ya fueron
para siempre.

¿Qué estruendo cuaja
la masa visajeante?
Rugires mudos de los montes,
tempestad hecha cosa,
saña inmóvil.

Oscuridad agazapada, tigres,
puñales de oro son y sombra,
vivos metales de un brillar feroz.
Hambre acechante
como de fuego o precipicio,
aéreo su avanzar ya casi,
sus músculos: un ojo.
Corazón sólo impulso y ala
y salto inagotable;
manantial de oro y frío.

Religiones primeras
de oscura precisión y miedo;

¿Qué fuerza, qué fragor
detienen con sus músculos?

¿Qué origen apaciguan?

Ehécatl

A Tomás Parra

En la boca del caracol
habla el viento
como un incendio de aire, su voz,
llama al vuelo.
¿qué dice el fuego,
qué semilla es la suya,
desde dónde llega y nos toca,
qué oído abre al corazón?

Voz sola,
voz que nace
y no sé qué nombra,
pero todo vibra y danza,
y en fuga arde, se desborda.
Lejana inmensidad incendia al río.
Caudal de siembra estrepitosa,
cántaros de océanos pastizales,
cien mil mimbres timbales;
 ola la voz,
aglomerada salpicante espiga
que en el vuelo del canto libre estalla.

Golpe de polvo alzado
y follaje en contienda, voz
veloz de acantilado,
sirena urgente, precipicio
caudaloso aullar prófugo
y yerbas sibilantes,
prisas presas.

Himno de tempestades
en mil bocas
y en mil bocas, mil bocas:
todo es voz.

gran garganta la tierra,
gran clamor.

Y los árboles, mascan, mascan,
fiera el aire,
perra voz.

En estampida llega el horizonte,
una lejana hondura nos alcanza,
agujero que es grito de distancias,
agolpada inmensidad.

Asaltante aparición
de lo invisible.

Tiempo desvistiéndose,
escapándose, tiempo muriéndose.
Tiempo que aúlla y corre por el llano.
Aire en llamas,
llamas, llamas nos despiden.

Lo que se va y se va
es el viento:
súbita potencia de lo ido.

Fiera que pueda hablar,
caracol,
decir el viento,
pequeña osamenta de un dios
sobre la playa inmenso,
lengua de ráfaga,
torbellino en su piedra,
silbo envuelto, carretel,
mirada que es un vértigo y arrolla
el cielo ensimismado,
sol hacia sí,
doble del ojo,
carnal y sutil luz de lo que mira,
y corazón que es cuenca, abrazo.
¡Ay, dolor de la tierra, caracol,
un gritar desde el hueso!

Tornillo en lo primero,
caracol, verbo yerto,
voz que se enhebra en el encierro,
y una mano calcárea que una ola imita
nace queriendo ser, vertirse,
empeñoso esqueleto,
seca, ¡ay!, voluntad de monumento
mar de hueso, muñón espejo.

Cántaro urgando en sí, y extrayendo
lo que ya no ha sido,
un imposible regresar que avanza,
un puño de ola hueca en el desierto.

Manivela loca en la playa
que regresa
el mar hacia su ola,
la palma a su semilla,
a su rendija reintroduce el agua,
sorbe los astros, las montañas,
hila el viento en reversa, y la niebla.
Al amor me regresa,
sin voz, sin dientes: al abrazo.
Gran garganta de sí,
ombligo hambriento;
viruta salomónica acelera
su mezcla al precipicio
tío vivo enloquecido, ávido,
revolución unánime, ya,
sed giratoria
espejo del eterno movimiento,
arké, vibrante arké
invisible volando
en la velocidad... de pronto.

Decapitado, en las arenas,
cráneo a la vez y pensamiento,
jarro vertiendo un hueco

en esta orilla,
boca que es ella todo cuerpo,
aullar desgañitado, roto,
lobo magro,
íngrimo glifo hablando al descampado,
descarnado algoritmo, trompo abstracto,
geometría tenaz en el desierto
que sueña con el vuelco de los mares,
y giros inasibles, transparentes,
donde ocurrió una tarde el milagro de los peces.

Amanecido adentro, la voz,
nos abre a un cielo que entendemos
de cosas intangibles como aromas,
pero sentidas,
y en lo íntimo precisas,
 seres de aire
como el círculo o la línea, indestructibles,
en un espacio sin tiempo,
y sin gravedad,
ese otro término y caída.
O un puro tiempo quizá
—todos los tiempos—
niebla del pensamiento, sin espacio,
íntima inagotable profecía,
ser sin estar, manar sin cuerpo.
Clavado mar la espiga en sus vaivenes,
agua que es sólo un gesto en el paisaje,
pero que adentro escuchamos todos.

Fue la voz
la que inventó la boca y sus alvéolos
y sus vocales y cantos
para salir del pensamiento.
Y el viento construyó sus cauces y castillos,
y cañadas que lo hablan
y ovilló espirales memoriosas
y llevó las semillas
y sopló las palabras
abiertas en las bocas
que florecen internas un silencio.
Sopló en la carne y se hizo el fuego,
grito del pensamiento en tierra: fuego.

Una rosa inasible,
Prometeo entre las manos
una luz como cosa, sueño asido,
oro del viento, trajo,
capullo de astro,
una casa de luz para las noches,
una mesa,
y nos dio la palabra, su vigilia,
y el tiempo se volvió promesa;
un despertar del verbo
en carne, en sombra nueva.

La voz en espiral nos crece
igual que una semilla,

anhelo de inventarle un alma
al árbol y a la roca,
insuflarle respiro a cosas agobiadas.
Oh, Rua Aelohim Aur:
un viento del reverso luz.
Aire que sonó al vocablo
acuñado en su nada,
y lengua que se torna luz,
verbo preñado,
luminiscencia hermética del soplo.

Sol es el aire ensimismado,
puño de luz que asimos —un recuerdo—
las geometrías del astro y de los cielos
atrapadas en esa transparencia,
y todo el día y el sol allí sabidos,
conjuraciones consteladas del instante,
como un hondo saberse, cielo adentro,
acuñado brillante
de tanto lo invisible.

¡Qué sople tu palabra en mí,
que prenda,
que su atajo de luz,
me de la forma,
que su frágil rigor
se vuelva fragua,
la flecha alcance de lo exacto,
de la asunción, lo ingrávido!

¡Que la conciencia me arme,
el verbo me ate!
¡Qué vuele yo, sea viento,
que me escuchen la arena, y el incendio
y la espuma, la piedra y el desierto!
¡Decirle al ala, el cielo!
Grito luz
enciendo la mañana,
en cuerpo de agua o árbol
yo despierto.
Con luz respiro,
soy aliento.

Océlotl

A mi madre, in memoriam

Estos parajes que el tigre amaba,
el agua sedosa y sus súbitas dentelladas,
carcajadas cascadas
rugires de cristal, interminables,
furias frescas, sin fin,
en el aceite manso.

Agua que rompe y brilla en ascuas,
rasgadura de río, astillas grescas
colmillo al blanco, rabias rotas,
relámpago sonriente de la entraña,
blancura mineral:
risa del agua.

Silbatos sostenidos, minúsculas sirenas,
pizzicatos, chasquidos,
rasquidos de córneos costillares,
como encendidas vibraciones
de recónditos motores en la selva.
Nos acecha al oído un firmamento,
una noche esparcida
de astros auditivos,
poderosas y diminutas

constelaciones de sonidos.
Plegadizos insectos,
de máquinas tan finas,
esqueléticas grúas,
orugones resortes acordeones
como electrónicas bisuterías
que viven mirando hacia la muerte.

Y este pisar inaudible del tigre,
su deslizarse engranado,
el músculo en cadena
igual que un flujo de agua.
Un río dentro de sí, el gran tigre
de curso inevitable;
en su silencio azul casi invisible
y tan dueño de sí
que es casi ingrátido.

Como un poco de luz
su piel, bajo el follaje.
Los ojos con un fuego
de serenidad en el espanto.
La más ave las fieras, sí,
la más imperceptible,
maquinaria de sedas, suave tigre,
aérea casi, libre audacia.

Garganta toda
el agua que nos hunde

mordida mineral,
invitación del frío.
Nos paladea el diamante
y su molar ceñido
que transparente nos dice
y en lo alto y divino nos devora.
Un avanzar ya el agua sin olvidos.

Tiempo pesado el río
el tigre río,
de peso a paso incontenibles,
desfondado azul
gran bloc desentrañado,
expulsada de sí, semilla, esencia,
aunque caída, fiel a lo invisible,
despeñado brillante,
desde lo interno irradia transparencia,
manar de un íntimo horizonte,
peso del cielo, río.

Por todas partes rota piedra
que devora,
ser de las mil fauces,
 agua,
toda bocas.
Caída en el cristal
de la escarpada entraña,
y un habitar la gema,
 su pureza ávida.

Disciplina en lo abierto,
del más ciego y total de los amores
el más estricto centro
y piel de zapa.

Una llama de carne, el tigre,
es músculos del fuego,
intacta seda de la flama,
oro desgarrándose,
luz en la sombra fiera.
Atajo de la noche,
y hato de astros;
en puñado de avispas mil estrellas;
al destino ensambla lo preciso,
la síncope de órbitas puntuales.
Un cuerpo articulado por un habla,
una perfecta voluntad un cielo.

El paladar hendiente
de émbolos esquivos;
se vive la amalgama herida,
danza en su fuego el tigre,
danza la noche en fuego.

Es todo tigre el río
elástico en su esfuerzo,
saltar de cauce solitario,
erguido en sí,
peñasco de agua,

musculoso avanzar diáfano;
un verbo tiempo
de aprisionada sustancia,
prístino y como joya luciendo,
límpido movimiento exacto.
Es fiera suave, el río,
femenino en la orilla,
prisión y presa esquiva.

La selva es su sombra rota,
sus cúpulas mecidas de recortes;
abre las puertas de sus hojas
a multiplicado incendio de hojas.
Aéreo laberinto el verde,
dédalo hundido en mil espejos,
castillos de las frondas,
muy recios nudos y espumosas ondas.
Un delicado manto nos recibe:
 en la piel
caricias de las sombras.

 Inhalaciones del viento,
población de las hojas,
 música verde desprendida
en notas íntimas,
o mar desglosado en mil espejos,
cortado en seco, escamas,
picas, cuchillas, lanzas,
altas batallas de las hojas,

abatidas huestes, percusiones,
epopeyas del viento.

Tierra que hacia la luz avanza
casi aire, adelgazados,
clavos de sol, follajes,
disueltos en el viento
los gran jades deshebrados,
los finos fuelles
de manojos sombras.
Escalera es el verde,
y ya en lo alto
la ondulante gracia nos releva,
suelta en lo amplio
y canta el viento.

Mil bocas de raíces
levantan una ceiba,
y en tierra ciega indagan
las estrellas del agua.
Hondo ve el verde,
asido océano en la izada red, meciéndose,
y una interna certeza: el tronco.

Con sus dientes la niebla
desmenuza parajes, frondas,
incisivo es el blanco
que avanza tejiendo su espesura:
Y hay árboles, allí, otra selva,

suspendida, de follajes níveos,
destapado alabastro, violas albas,
pintada música en el aire.

Y paulatinos dientes,
pausados escalones, templos
que nos alzan
a las puertas del viento.
Escrituras flexibles al igual que la niebla;
como puños cerrados
doblaban aves, tigres,
en nítidos nudos ataban a los dioses,
y colmillos trabados
callaban sus relámpagos.

Una emanación, las grutas
como de una tumba,
casi aroma, esa sombra,
el grito de las cuevas
voz de una noche abierta,
al interior de las montañas,
hueco reptil bajo las piedras,
labrado oído en la acechanza.

Un jaguar súbito
—relámpago del agua—
salto del sol desde las ondas
cual si fuera un fuego que no arde,
sólo un tigre pensado,

delgada llama que nació del agua,
puñal de luz al vuelo.

Y he visto la muerte, sí, entre las ceibas,
la escribieron en piedras
y era una boca
íntima en la boca y otra boca
orquídea en la serpiente,
y honda en el jaguar la sierpe.
Las puertas eran hacia el caer del agua,
la fluida roca intacta.

Río, sonoro río
que suelta al viento sus cristales,
esgrimas de agua, añicos,
metal de lo que parte, el agua,
espada ya, el reflejo.
Es toda mano, el agua,
y también toda herida.

Ventanas de los ríos
que se abren en las piedras,
es un mañana esa agua
que como el cuerpo de un ansia resbala
en lo inmediato.
El brillo anhela,
pequeño sol que busca
su mañana.

Ciudad derribada el río,
muerta y chorreante entre la plantas.
Sus altos edificios, agua,
untado brillo en tierra,
sólo habla huidiza ya,
horizontal historia de las cosas,
doblegada y sujeta por la fuerza
y músculos del verde.
En la ceguera de la piedra presa.
Dictada madre por el agua.

El señor de los ruidos

A Jorge Reyes

¿Dónde está la garganta
del dragón de la tierra?
Exhala niebla, grita viento,
hervor frío, gorjeo,
la gutural del río entre las rocas;
Come la tierra de sí,
de entre sus propias piedras.

Aquí, de pronto,
todas las bocas de los ruidos,
los rugidos, mugidos, el gritar
de los sonidos
y el trinar de las velas,
el silbar de las nieblas
de un material que ya es sonido.

Y se incendiaron con golpes los metales,
olas de piedra chocan, se golpean,
cual si se hubiese acelerado el tiempo
se deshielara lo inmóvil
sacudiérase un mar la piedra,
y danzaran desbordantes
en sus formas las cosas.

Cataratas de arena se desprenden,
en un salto lento, lento, vuelto inmenso.
Y voces de sonajas
estallan sus semillas.
En rumiantes rumores, lo ínfimo,
abre su universo.

Salta un tambor, de pronto, a borbotones
y es río al aire,
tam tam de tierra caudaloso,
pulsar bronco, latido surtidor,
golpe radiante,
y corazón en cada cosa hundido.

Manos veloces andan,
su senda en el oído
y detienen un ritmo,
lo machacan.
Huella de no sé qué
el oído es memoriosa,
con su molde acechante,
platónica caverna.

No sé qué muros saltan,
de pronto, los sonidos,
en qué orilla nos deja
la flama de un silbido.
¡Estampidas de nieblas se suspenden
—hacia la lejanía de la sutileza—
otro país se hunde en lo delgado!

Un inverso

Sobre una cabeza mexicana de cuarzo en
un museo de Londres.

Cosmos tan pequeño como el que vemos a la distancia
atrapado en una cabeza de cristal
el interior se pone en movimiento
explosiones elásticas,
como rocío
como rociadas
¿es movimiento
y adentro de la piedra
el cristal se aleja sin fin
cual un espacio?

Manantial de fondo es la transparencia.
Brotó profundidad
¿se sacaría el universo
de tanta transparencia?
Aquí como un nudo visible
el engranaje de los astros.

Cristal impenetrable hecho de distancia,
lejanía atrapada,
sonaja de astros,
cuenca del aire
que llena el infinito.

Huesos de tiempo
 espacio
 transparencia,
minerales puros
labrados en la piedra
o excavados quizás del aire:
 casi vacío

¿Cómo podemos ver los astros
en este objeto de agua que piensa?
¿o es luz que en un instante conoce sus caminos?
 ¿aleph espejo?

quizás es que el universo
se metió hacia dentro
y ya no nos circunda,
se quedó encerrado en un cuarto.

Ixtapa

Para Tomás en su bautizo

El mar se metió en la caracola
como dentro de un espejo,
canto de aguas atrapado,
olas ensimismadas sin fin
inventando un adentro.
Lo interior guarda y sabe
las sustancias tiempo.

En los telares de agua, el viento,
y en palmas, de arpas inaudibles,
un aire, que no sabemos,
pero que la roca escucha o la yerba.
Caricia del hombre, la escritura,
sobre papeles y piedras
con toda la sed, el hambre y el deseo.

Zihuatanejo

Sueño con bosques de palmeras
que repiten sus diseños radiales
como un tejido que crece siempre
por los mismos nudos ya conocidos por dentro
y da una mancha verde a lo lejos
sobre las franjas del mar
y de la arena.

¿Lo que se reitera es lo que da la textura, acaso,
y en el contraste hay la forma?

El coco es una abstracción interna

muy simple de la playa,

pero la arena en realidad está hecha
de arenas incontables.

y el claroscuro es una empresa

de falsa continuidad

en un paisaje de escamas,

mosaicos y follajes,

de espumas sibilantes y murmullos.

La espiral del caracol roto en la arena
podría continuarse sin término:

es como su propia seña.

Y sobre la arena una ola
desencadena a las olas.

en el que el infinito escribe
su degradación paulatina.

Trópico

Por todas partes prenden
las llamaradas del viento,
las flores traen pequeños soles,
y en pequeños grifos todo está brotando.
El trópico es la filigrana de lo inmediato.

El arco iris es un objeto del aire,
un arpa de la luz.
En el cielo la luz habita gemas fugaces.
Todo es un espejo
por todos los espejos el día danza.

La noche es la piedra del ojo,
piedra que se parte en luz,
luz que se divide en música.

En la llamarada del azar
arde la vida.
Sólo en la libertad estoy realmente.
Mi raíz es lo múltiple.

Poemas del verde I

Yo le he pedido a la montaña
que me abra sus pliegues como un libro,
y sus brillos donde late el agua,
y cuantas cosas que no sé,
pero que encierra
la promesa que es verde.

Las formas lejanas son como capullos,
en espesos ovillos hay espera:
amarrado está el mundo.
Avanzan sendas desatando.

En la prisa se vuela un costado en desbandada.
El camino asegura postes, casas,
y las puntuales citas de los árboles.

Sendas llevan las frutas en las ramas,
y las aéreas frases del poema.
En otros idiomas despierta
lo alejado.

Poemas del verde II

La casa la construimos
para guardarnos la montaña,
los mil prismas del sol
de sus quebradas
y su mar de luces que danzan;
la escritura de noches y astros
entre sus páginas turbadas,
 glifos hendidos
en que rumora la montaña.
Había follajes hondos
con sus redes de cantos,
intensas flores olvidadas
y en los árboles rotos
un mar acaudalado,
Un día la belleza
hizo crecer mil manos
 e inventamos camino.

Poemas del verde III

Hay citas de aguas en las frondas
y tinajas dormidas
de incipientes relámpagos,

Un ahondarse del ser, un serenarse,
y colores más firmes
que recogen las sombras.

Poemas del verde IV

Había un mar vertical
piedras que ondulan
rocas que se dejan tocar
 modular
 decir
por el viento

y no sé en su interior qué vuela
 y las agita
como si fuera un pensamiento,
no sé en su forma que recuerdan,
¿cuál es la voz que escuchan para siempre?
¿si en el vuelo del viento estuvo acaso
el secreto que encierran?

Flores I

Las flores inventaron
entre piedras y pardos, los colores,
frágiles al igual que un sueño propio,
Prometeos de un malva o añil extraños
en los dedos del verde.

Salto fundamental de lo gratuito,
fresco ser
de lo que a sí se inventa.

Flores II

Con música y con astros
se orientaron las formas.
Orejas y flores por dentro danzan.

De colores supimos,
que no habíamos mirado,
colores que oímos en un canto

quisimos
danzar
colores.

MARES

Poemas azules I

Brochazos de olas, cielos breves,
rosa es el mar que se deshoja.
Lleva memoria, el agua:
tallo total
y flor que se desborda.

Puños de espuma, el mar,
golpea el acantilado.
Furia es la fuerza en nacimiento,
el fuego de la tempestad sin fuego,
el alma prófuga del viento.

Furia es: lo que de mí desconozco.

Quiero el mar en la piel,
y esa caricia que es todo el océano,
en los ojos azul...
inabarcable.

Poemas azules II

Alas abre, alas cierra
el mar sobre la playa.
Se vuela con la inmensidad,
junto con todo el espacio.

Alerta sutilísima del vuelo:
el aire, no sólo lugar,
sino toda la música.

Lleva distancia el azul
inmersa en transparencia:

Color abierto,
sin muros y sin techos.
Desnudada existencia al descampado.

Un todo ya me envuelve,
en libertad,
sin esperanza de respuesta.

Poemas azules III

Hacia lo ilimitado
lanzarse en movimiento.
Danzar es vuelo.
Sostenerse en la fuerza solamente.

Total apuesta,
ser en el gesto enteros
al igual que un fruto... ser
desde los manantiales plenamente.

Amar lo leve,
valor que es ala
y un corazón que es todo pájaro.

¡Qué nos toque la gracia con su fuego!
¿Saber la muerte? ¡Qué importa,
hay que vivir en vuelo!

Poemas azules IV

Las nubes nos retuercen
sutiles pensamientos,
el color del crepúsculo
recuerda.

¿Qué despierta el ensueño?
Algo como un azar nos teje.
La playa es mil espejos,
y las piedras nos miran
y saben de nosotros.

En esta arena concurrimos, mar
que somos de mil cosas.

El sabor de la paz
es el del alma.

Poemas azules V

La noche es color de fondos,
prisiones de lo espeso,
caída de párpados en plomo.

Como una libertad es la luz,
un despertar,
de cada cosa
a otras cosas.
Mil ojos, el día,
que lo constatan.

Lo negro es puño
y junta las estrellas.

Clara
el alba salta
y suelta lo cerrado.

En espectro de azules gira el tiempo.
Círculo y corazón que atrae
y nos aleja el cielo.

Poemas azules VI

Inhalación y espera:
hay un mar de lo inmenso;
un sol que se irradia,
mana de sí,
salta.
Y azul profundo, tan profundo
que ancla.

Radiancia de la luz,
y hondura del silencio.
Ser por dentro:
ese brillo incrustado,
siempre intangible y vivo.

Poemas azules VII

Inasible continuidad, el cielo:
cadena unánime.

También por dentro un cielo,
por el que vuelan pensamientos.

Tierra somos
que la respiración levanta
el viento arrastra...
y alma,
enlazadura íntima en lo inmenso.

Poemas azules VIII

Como inhalando un aire
los recuerdos.

Mar que llega y se va,
y llega y se va.

El corazón persiste,
clavado en tierra:
fidelidad del fuego.

Poemas azules IX

Aquí hay hilos de palabras,
aquí, inarticuladas hojarascas,
acorde del azar en lo invisible,
oracular acaso, rumoroso acuerdo.

El alma es raíz en lo que escucha,
ojo del humo,
nafragio que descifra.

Poemas azules X

Inspiración,
tomar el aire,
tomar la fuente,
tomar del centro,
el centro que está en todas partes

tomar el centro
que es fuente inexistente
sólo en vacío
 se mira
sólo en vacío se escucha
 se respira

luz que brota
para un ojo
voz que viene
de raíces

 estar
donde respira el mundo.

HIELOS

Wilderness I

Los ojos del tigre cougar y del oso umbrío, los del lobo
que nos hiela hasta la médula y los del venado esquivo
y velozmente cerrado,
y los del agachado coyote en la sombra encendido
y los ojos de la nieve que son, de pronto, luna
y tus ojos que atraparon el cielo en este sitio
de peñasco, desfiladero, pino leve, hielos.
Todo el mundo viene a acariciar las montañas
y deslizarse en *eskís* como sobre los lomos de bestias muy suaves
pero, en los despeñaderos. fieras.
Y hay ojos por todas partes,
luces hundidas en las cuevas,
en la noche acechante, en los orificios furtivos,
veloces brillos en los vientos,
ojos de bestias, hasta en este invierno,
como un tigre afilado,
que todo lo ha cubierto y devorado.
Tantos ojos nos miran y no sé
lo que el alce o la marta saben secretamente de nosotros,
yo no sé lo que en mí miras,
lo que soy en tus ojos
qué alimento de luz o de llama rosa,
bajo la nieve feroz de las montañas.

Wilderness II

Y por la piel del cougar viajaste
y tras el diente del lobo,
por el ojo de la marta
y desde ancestros vienes
como una catarata cayendo
con un empuje de generaciones e historias
de cetáceos y arácnidos y polvo de calcáreas,
todo un mundo atado en el impulso,
la fuerza de la vida irrumpe
de tan lejos, ciegamente,
y algo abismal como un despeñadero ocurre,
vertiginoso como cien mil vidas y muertes sucediéndose,
una velocidad que atrapa
el pasado encerrado en un instante.

Un hombre camina
con su padre y sus ancestros
empujando en la entraña,
una insondable flecha buscando la salida,
una fuente, un nacimiento,
queriendo atravesar una mujer y la entraña,
ensimismarse en semilla.

En un hombre se abre
torrencial el pasado como un vértigo,
y en ese vuelo,
quiere reinventar el espacio, las estrellas
desbaratarse en colores y mil formas.
Una semilla suelta su árbol, su follaje,
su tronco inmarcesible con un salto.

Wilderness III

Todo en la mujer es recipiente.
Una estrella es la mano
que hacia lo crudo avanza,
el amor que induce lentamente.

La piel es luz y es astros sumergidos
y como un párpado abre
la noche a su semilla.
Y ya es de carne el fuego
y carne, el sol, el cielo,
el lago, el prado, la montaña,
y ya es de carne Dios
en la mujer guardado.

Wilderness IV

Desborda Una mujer al ser amada,
como una semilla irrumpe y cielo y astros nacen
y mares enteros adentro en ella danzan,
Una mujer está,
por un universo, tan preñada.

Icefields I

El diamante del hielo ante las eras,
una corona fija,
polar y alta roca transparente,
no sé si es luz o el aire que anhelan ser sustancia,
piedra que salió del viento,
y aquí aprieta.

Vasto imperio mineral del hielo
con sus grandes libros de siglos apilándose
escrituras prensadas, memoria enhiesta.
Pilas de arrugas sólo
estos acantilados que son rostros de ancianos.
Muecas de terremotos, fuegos, glaciaciones,
tigres perdidos
en los silencios de la piedra.

Icefields II

Se esculpió la piedra
en la tenacidad del frío,
en el puño ya firme de la lava,
la solitaria arista de la nieve,
poliedros colapsados, amasadas rocas,
la montaña aventada,
quebrada, agolpada
y los glaciares
con sus minerales martillos núbiles,
la música sujeta sí,
que cae
de los impávidos teclados altos
toda la música es el agua,
mano de cielo y nubes
en las piedras,
acariciando, acoplándolas.

Icefields III

El agua es piedra tierna
como un mar que ha nacido,
niña piedra
en las playas meciéndose.

Entrañable mar,
ensamble de aguas,
amado mar
que vertebrado en alas cantas
el infinito, el sitio, tu sustancia.

Icefields IV

Como un ojo que mira y danza,
el agua,
danza el camino, el vado,
la apertura en la piedra,
la caída,
la catarata, la rotura total
y la subida al cielo y la nube
y el peso, y la tierra otra vez,
con la estrella y la distancia,
y el viento
con su flauta digital entre las ramas,
sus rugires de cielo,
su hablar frío
con todo el tiempo enterrado, enredado
adentro de su empuje,
y este llegar desde la noche
de tan lejos
y esta luz
que es un florecer del espacio,
habitación del roble y musgos,
y el viento que habla y habla aquí
del cintilar de los astros,
en gigantescos túneles
de noches frías.

Leighton studio II

No hay sustancia en la luz
que el bosque habita o la casa,
y en cada rama desembarca,

y en esa luz sin cuerpo yo habito
la soledad del bosque y las piedras.

Nada espanta al espacio, aquí,
la nieve impone su silencio.

Leighton studio III

Bajo la nieve,
el bosque inmenso es sólo una semilla.

Vivo enterrada también
bajo el invierno,
en ésta,
la incorpórea luz que me sostiene.

Todo es vida interior en el invierno,
un soñar cálido, apenas,
una casa de vidrio que guarda la mirada.

Leighton studio IV

Soy esta inmensa luz que me sostiene,
invisible y alta,
transparente en la noche y el invierno.

La soledad estricta me desnuda,
el salto del Amor
me hace posible,
empuje sin alas, ni corazón,
sin cuerpo,
su aliento soy
y libertad sin anclas.

Leighton studio V

Soy como un pez
bajo este gélido silencio
sólo un ojo bajo el cristal,
memorioso y ágil y hondo.

Toda el agua es pez,
pulsante y viva,
y esta agua tenaz
y ágil soy bajo la nieve,
y golpeo contra el gran vidrio
y miro
y en mi misma me sumerjo y danzo.

Leighton studio VII

Vivo adentro de un cristal,
congelada luz pétrea
luz insistiendo en sí,
en un lugar para estar,
para quedarse,
erigir su propio monumento,
la fiesta de un muro sin su piedra.
celebración ahíta de lo diáfano.

Leighton studio VIII

Arca del bosque: el cristal.
El árbol, la noche, el alba
acuden puntuales a su cita.

Enraizo espacio, soy cristal,
Y mudo aire en mí
se deposita.

Soy una mano del aire quizás,
un ojo que encarna apasionado lo que mira
lo levanta y realza,
lo edifica.

Lingote del bosque,
este cristal,
pilar de lo precioso,
estanque alerta, aquí,
como una estrella
mas del revés, muy quieta,
que brilla pero no ella, no,
que brilla el bosque hacia ella.

Leighton studio IX

Le nació un alma al cristal,
es un querer, el alma,
un querer ser luz y el aire,
el verde hondo, el cielo;
un querer más que ser
sólo un cuerpo transparente.

Vaso compacto, este cristal,
piedra de aire
y espacio asimilado.
Y esta luz piedra soy
y aire y agua
con todos los músculos del cuarzo.

¿Porqué rendija entra, no sé,
la visita del alma?

Leighton studio X

¿Es mía el alma?

No, no es mía el alma.

Le abro la puerta y surge

como una flor

del espacio y todo lo que es vasto,

una flor carne al centro

y que es en los bordes inasible espacio.

Una flor que ya soy

también de horizontes

y relevos de alas.

Un pronombre con cuerpo

en verbo inacabado.

Leighton studio XI

Aire carnal es mi mirada.
A lo que miro
doy cuerpo en la mirada.
Esta luz que sostengo como un mar
entre los cauces de cosas
es mi cuerpo de luz en el espacio,
y ondula y avanza
y se retrae o suelta,
y es ya horizonte que corre
o agua quieta ya, abrazada y mansa.

Leighton studio XII

Pero no es luz el alma, no,
sin ojo y sin cuerpo es una mirada,
es luz que mira
y sin luz mira;
antes de un cuerpo o de la luz:
estar de luz.

Escultura en blanco I

En el trazo sobre la hoja
soy, me agito,
camino como un insecto la escritura,
y encerrada, tras la tinta,
existo, lo sé,

soy sólo camino, aquí,
en esta luz tan plena,
una línea insistente
que acumula su impulso,
soy sólo caminar de tinta,
busco mis pies,
me busco.

Escultura en blanco II

Blanca geografía en el papel,
ya inminente.

Estoy naciendo
naciéndome lenta y suave
sobre la hoja,
como un volumen virtual,
o un paisaje enterrado.

Sólo soy línea que cruza
como un párpado cerrado,
labio mudo,
brazo inacabado.
Y es cascarón ya el blanco
silencio ingente.

Alguien escarba el papel,
lo esculpe,
cincela muy lentamente
su roca y su pájaro,
su bosque y su lago.
Hay un sueño atrapado
que el papel recubre.

Escultura en blanco III

Una rosa de papel, la escritura,
con su hondura oscura y su fragancia,
que es una voz tan muda y mía
en las palabras de otro.

Una escultura en blanco
 el papel
que el lector devela,
amarrada rosa que se abre,
invisible obsequio:
soy en otro.

Escultura en blanco IV

Alborotada nieve, la escritura,
y aves, tierra, ramas dentro,
en nudos íntimos.

Y un caminar los precipicios blancos
el laberinto diestro,
un caminar por la semilla muda,
la soterrada rosa intacta.

Escultura en blanco V

Una honda rosa, la nieve,
en la que me sumerjo
y duermo,
hondo párpado del blanco.

Nieve que cae y nos sumerge
y vivimos ya el centro
la semilla, el secreto.

Escultura en blanco VI

Vivo la luz
urdida de lo interno
una chispa sin sol
soy:
el músculo anterior al fuego.

Escultura en blanco VII

Una rosa que es un precipicio
con su abismo delgado
y su mundo lejano,
aldea perdida, al centro.

Una rosa como un sueño plegado
y su noche aromática y secreta.
Boca suelta,
sirena extraviada que canta
aquí sobre la página.

Escultura en blanco VIII

Una rosa que es un paraíso
la muy lejana emanación de un paraíso
fumarola, voluta,
la huella digital de un paraíso.

Frondosa ave perdida,
de otra parte, ya aquí,
escritura aún fragante.
Oreja que escucha su origen,
encendida nostalgia muda.

Escultura en blanco IX

Son como rosas los sueños,
grandes manojos de párpados
que se abren
a todo lo cerrado.

Audaces, sutiles rosas, los sueños
con esa piel tan suave
que es ojo.

Y duerme y mira la rosa
sus delicadas alas
despliega en la sombra.

Escultura en blanco X

Sueña mil sueños la rosa
lo sé, la he visto
tan suave
detrás de sus mil párpados hundirse
con un saber en mil cielos quizás
de herméticas semillas frescas.

Cien mil Budas, la rosa
es entre sus párpados.

Escultura en blanco XI

Como un múltiple volar en desbandada,
alas, la flor
que se levanta
a una muy suave
realidad otra.

Es un ángel la rosa,
la he visto,
aquí tan vegetal
y femenina
y alma.

Como un sueño del revés,
la rosa
vertida en el día y suavemente atrapada.

Hay tanto vuelo
tanto vuelo en sus alas,
múltiple pájaro: rosa,
no de este cielo, no,
de otros mil cielos.

Escultura en blanco XII

Rosa, la voz en el silencio,
efluvio de un ser mental,
rosa de aliento,
sapiente flor verbal
que se articula y muestra
y arma delicada exuberancia
en el silencio.

Rosa causal,
intempestiva rosa del silencio,
rosa que habla, inventa,
rosa de un dios
ya visible, antes interno.

Escultura en blanco XIII

Como un ala, la hoja,
de impensable vuelo;
humo que viaja en sí
siguiendo la escritura,
escultura aún dormida
de un país que sueño.

Ingénito ser atado
en el blanco del papel,
oído
que canto y nace,
pájaro
que viste el ojo interno.

Rosas blancas I

El agua aquí como una rosa
turbulenta y plantada
y airosa y voraz.

El agua tan hendida
y muda y casi carnal
hermana transparente,
abierta a su semilla.

Emanación en blanco del origen:
alma tan honda.

Rosas blancas II

Rosa la nube
profusa e impetuosa
sin asir aún
expandida y en tropel, la rosa
 dórica, cetácea, caballar,
la cornucopia rosa,
obesa, incontenible,
desordenada y embriagada diosa,
alta y flotante, desvestida rosa.

Rosas blancas III

Como una rosa hundida
entre tus dedos

piel
moldeada en tus caricias,
es de ala el anhelo.

Volar la piel ansía

sí
como desconocida rosa
entre tus dedos.

Rosas blancas IV

Rosa, el espejo
que es un puerto
de tantas caras y cuerpos,
y un mar de las mil formas
y copa del cristal
de tantas puertas.

Como un dios del revés
o posterior,
 espejo,
con esa su fuente en blanco
su muda,
de tanto lo posible,
rosa.

Rosas blancas V

Metal que sueña:
 espejo
se desata en ser
grifo de sueños.

Rosas blancas VI

Rosa inmersa, el espejo,
plegado paladar del cuarto
que mudo como un sueño
me habla.

Rosa de mil lenguas:
sueño.

Puerta en el muro
que no se abre:
espejo.

Puerta que en el sueño
impide:
imprevisto espejo.

Rosas blancas VII

Rosa de las mil rosas
bosque
verdes rosas,
gran madeja de quicios,
pasadizos, arcos.
Tendido laberinto contra el aire.
Nudo
en que desato el cielo.

Invierno

¡Qué extraña es la llegada del invierno
con su pálida máscara del mundo,
página silenciosa en que se borra
el color, el dibujo de las cosas!

Ruinas del árbol, del camino, el prado,
desdibujadas casas y montañas,
efímero desierto, arena breve,
húmedas leves lascas pasajeras.

Blanco derrumbe de una noche blanca
de blanca oscuridad. Luz solitaria,
inmensa, roca en su interior idéntico.

Luz que es noche y mar sobre las cosas,
marmóreo mar amordazado, mar
mortal de lento mármol nebuloso.

AIRES

Petición

Dame la humildad del ala y de lo leve,
de lo que pasa suave
y suelta el ancla,
la despedida ingrávida,
y el abandono al vuelo,
la cicatriz que avanza
como ala en su desierto

Dame la humildad del alma
sin cuerpo y ya sin cosas.
Ser la poesía y su luz,
tan sólo la poesía
y la región más de aire,
inaccesible al desastre.

Dame la luz sin límites
acechando adentro
y la noche que soy también y el barro,
con la estrella distante
que la sed no sacia.

Dame la humildad que suelte las cadenas,
la verdad que desnuda

el polvo, el hueso que me fraguan.
Sólo en lo que soy caigo,
me derrumbo.

Déjame andar sin equipaje,
leve,
abierta al horizonte.

Libertad

A mí me gusta la libertad,
viajar rodeada de horizonte,
en el gran círculo sin muros
 andar casi volando,
y desde el corazón nacerme
que en sí ya es mudo e invisible vuelo,
solitario impulso,
no sé si afuera de lo real
o en realidad adentro,
o donde ya no importa porque no soy muro
y fui abandonando mi peso en cada orilla.

Somos ave por dentro,
 vuelo,
y soy —no en la tierra
o el fierro— soy un sueño,
una múltiple ala, fuego interno.

Y me gusta la soledad
y el mar y el horizonte
y ese dejarse ser
como una apuesta de pájaros
o flor o estrella en desbandada

y el amor me gusta
que a la libertad, como el de Dios, se parece.
Amo la libertad, sí,
que es la creación de las cosas
y de leves, inexplicables
razones me ilumina.

Laberinto

Quisiera ser volando
sólo en el viento seña
frágil dibujo que encendida ando
y en sumergida sombra,
mirada plena.

Con mi vida escribo
las huellas de una estrella,
bajo una muda noche amanecida.

Hay un vuelo que abre
la luz en lo interno
un caminar sensible
del corazón despierto.

Fondo

A Octavio Paz

La conciencia se llamó dolor,
y dar a luz fue así
porque somos tierra
y la tierra no acata sin la herida.
Le surgieron ojos al desastre
y algo que parece un alma
y ganas de pies y brazos
para libertades nuevas.

La conciencia fue la herida,
pero también el ala
que amaneció al desastre.

La luz del cielo es otorgada,
no sé porqué en la tierra
nos cuesta un sacrificio,
como si tuviera que nacerse,
salir de la sangre nuevamente,
afirmada en el espacio de lo interno
cual si tuviera que inventarse
no existiera.

El fuego nos despoja,
y el águila tan alta lastima nuestra entraña,
Y llevar fuego adentro
o ser águila en algún cielo
exige la renuncia

de lo que no es luz, ni vuelo.

Las viejas

Si envejeciéramos y envejeciéramos
seríamos igual que las tortugas
adentro de una piedra hundidas
o habitando montículos de tierra,
sibilas cumanas sin gesto o garra ya
perfectamente sumergidas y sabias
entre las cuencas de cosas;
sería un caminar hacia lo más hondo,
su refugio,
ser la fuerza de origen,
nuestro cuerpo, algo externo,
entre arrugas y arrugas
de quienes se han vestido de caminos,
y ya son más que carne: un mundo.

Sólo tiempo vivo es la tortuga,
un caminar de la semilla,
sueño enterrado, dulce
e insistente.

La stella

Hay que envolverlos con amor de luz,
porque la luz te ama,
la luz es ala para el alma
y despliega a la semilla en su belleza.
Como a una rosa
abre la luz todos los pliegues
y la dulzura es llave
de hondura en cualquier sitio.

Un capullo de luz pido para ella,
una cuna de luz
que tanto la ama.

Brilla tan intensamente el alma
por debajo y dentro,
ya te ocupa.
De su propia inmensidad fulge la estrella,
pero en la noche aguarda.

La estrella hacia sí,
hacia su adentro vuela
y allá es otra, espaciosa y nueva.

La noche es un camino que desnuda el alma,
joya infinita te revela.

Los ángeles

Vienen los ángeles del aire
como la voz y las palabras.
Quedan sólo un instante, luego parten.
¿En sitios más tenues persisten
inexistentes quizás,
aunque también eternos?

En la tierra hay semillas, caracoles
que despliegan su entraña lentamente,
y como por explosiones desde sí mismos crecen,
y se van dando a luz parte con parte.
Como un Atlas la tierra
se carga a sí sobre su espalda
y sus torres avanzadas tienen
desde los pies que recordarse.
Piedra y ladrillo son insomnes,
no es del olvido la tierra, no,
memoria esforzada es levantarse.

Tuvo el árbol en sí que hallar sustento,
el tigre entre la sangre,
el hombre en su cuidado.
Mas se muere de pronto

cuando el aire ya deja
por dentro de habitarnos.
La torre se derrumba entre las piedras,
si la ambición de un cielo no levanta.

¿En qué otra parte se halla lo súbito del aire
lo que existe sin causas,
primer motor, como por sola gracia?
A los ángeles uno los absorbe,
vienen cual viento y nos habitan
la carne o el pensamiento,
se quedan un instante, luego parten,
pero quedamos como encendidos de algo
infinitamente en el centro luminosos.
Los que vinieron y ya no están,
no son como los ángeles,
pasan por nuestra vida
y labran,
nos dejan una historia
que trabaja su luz difícilmente.

como una llama
en todo,
a través de todo.

El círculo

Soy como el círculo, me dijo,
no tengo ningún sitio realmente,
no sé estar,
pero dibujo los caminos.
Como hecho de tiempo,
hecho sin mí,
soy casi transparente
y tengo que estar continuamente muriéndome.
Vivo de los caminos,
de que todo está en movimiento,
de conocer los muros y las puertas.
Como la libertad yo vivo sin futuro,
como la libertad vivo sin miedo,
quizás es que me he vuelto pequeño,
o quizá mi rostro es del color del viento
mi rostro es como son las cosas
sin más.
Sin la ausencia presente de los sueños,
sin la evasión y sus espacios de humo,
hay algo siempre que está naciendo,
y se puede vivir así,
sin nada, realmente,
se puede nacer en cualquier sitio,
se puede vivir del instante.

ARCANOS

Para poder morir son las palabras:
salvación profunda de lo ido,
tiempo enamorado que habla.

Arcano II

La sacerdotisa

No se mira la noche,
se sueña
y los sueños
como la luna son reflejos,
flotan aquí y están en otra parte.

Ancla la transparencia en el espacio,
mas vuela el velo
fuera del tiempo como ensueño;
el velo deshaciéndose devela
y disuelve a la noche en un suspenso.
Luz ya casi más niebla
y que es un sueño
náufrago de misterio.

Vela que zarpa hacia lo tenue
y luz que se adelgaza
quizás hasta perderse,
disipación sutil
que el aire excava:
desaparecido interior
que es un afuera.
Hundido desconcierto en lo intangible.

La eternidad está durmiendo
bajo el tiempo,
y los astros en su lejanía inmersos
permanecen idénticos.

Arcano III

La emperatriz

Piel profunda región de la añoranza.

La delicadeza tan sólo

despierta lo recóndito.

Hermética la suavidad invoca,

búsqueda interna como un vientre.

Lo hondo sin fin: lo femenino

lo entraña y humo,

sutileza que hiende.

Aromas por desfiladeros

y precipicios como oídos

en donde no sabemos quien escucha

y discierne un sentido en lo secreto.

Con el azar fabrica una escritura.

Noche abismal, la piel,

donde brillan los cuerpos con su luz infinita,

grandes dioses de carne,

y el deseo que nos postra.

Sed de vértigo y espejo,

cielo clavado, sed de lo más hondo,

del firmamento, sus destellos

y espacio sin fronteras.

¡Ser, ay, que nos estalla: luminosos y ciegos!

Brilla incrustado un mundo
—el ojo— a orillas de la carne.
Pero la piel sueña, ni ve, ni escucha,
en la caricia vuela,
ya es mar a la llamada,
toque sobre un abismo que concurre al espejo.
La noche abierta encuentra las estrellas
y la savia da frutos buscando la semilla.

Arcano IV

El emperador

Entallaron la piedra
hasta que recordara:
ejércitos como ecos que estampan las colinas,
lanzas y saetas ciertas con la muerte erizadas
y volutas veloces que deslizan el río;
las plantas y las bestias, tributos derramados,
y hundidos en un número idénticos esclavos.
Extrajeron el mundo de la roca,
le pusieron cuatro esquinas al tiempo
y guardaron en muros
lo interior del espacio.
Crear un hueco, un patio,
la nada de lo abstracto,
la moneda en la mano,
la rueda que al vaciarse avanza,
el dibujo del que un ser deserta;
o tomar entre manos exactas lo perdido,
cantera y cántaro la estatua,
agua imposible y piedra.
Formas con el poder de su vacío,
su ceñido abismo, su llamado,
como vasos traídos del reino de los muertos.
La espada creó la forma del imperio;

el cincel, lo muertos, las estatuas que habitamos.
Somos el despertar de su escritura,
su mundo interno, su añoranza humeante.
La materia es un hueco en que soñamos.

Arcano V

El hierofante

La cúpula amarrada por un centro,
las bóvedas ceñidas son estrellas,
y una mano invisible une un dibujo.
Geometría entrañada hay en las cosas
y constelación subterránea.

Aquí piedras respiran la música del templo,
metales y maderas cantan
un mundo que se inhala,
voz que es esencias
y fuego de sentido
despierto en cada piedra.

La memoria en vuelo va por dentro,
el viento sopla interno y es recuerdo,
silbo de entraña que lo escucha,
un tiempo casi puro
y desterrado en sueños
y un decir cosas transparentes
que son alma y son nada.

Inmensidades guarda
en su interior el templo,

en los muros las conchas
con sus manos agarran los sonidos;
orbes de noche y sol: follajes.
Agujero del cielo
en el claustro: la fuente.

Arcano VI

Los amantes

Tus ojos son noches
en que vive un día,
tus ojos son piedras
 que sueñan
y en el sueño un mundo
 que no está.

Todo el cuerpo en la caricia cabe.
Piel: garganta efímera
y presa imprecisa,
sólo aroma el cuerpo que deseamos
 y respiración,
respiración ávida en la entraña.

En la piel la inmensidad es lo que canta
 tenue voz muy honda,
en el roce estrépito,
suavidad ya grito,
embriaguez que es música y abismo.

Al amor lo escribe el infinito.
¿Qué no está
y en inagotable espejo
nos habita?

Arcano VII

El carro

Carro solitario avanza
el tiempo en los espejos:
un cielo hipnotizado sobre el muro
conduce lentamente.
Ojos que fueron rienda y rostro que un fin empeña.
La tarde a pique,
en sol todo se quema.
Clepsidras invisibles desmoronan las cosas.

El tiempo es el río de los espejos
la levedad otorga del olvido,
y cosas que no son entre las manos.
Somos por dentro voz y tiempo,
o mundos deshojados que giran como un cielo:
espejo humeante,
central ficción,
interno soplo de la nada.

Silenciosos gramófonos del día,
las noches allí giran y renacen los soles;
poleas desasidas, los espejos,
ruedas envueltas de caminos,
ciñen el tiempo, nos acercan destinos.

Cáliz para el mundo hay en la imagen
y vacío del tiempo en la materia,
espíritu mordaz errante.
¿Inspiración del verbo etérea?

Arcano VIII

La justicia

Una ola en la mano es la balanza.
Todo acto es fiel,
un borde empuja,
quieto, el otro es forma.
Hay un brazo diestro
aferrado al mundo en la certeza
que ancla en lo preciso,
y otro que es zurdo y muy ligero se eleva
como un pájaro o un sueño.
Una mitad mía es de carne,
la otra es sombra,
noche vaga y navegante,
resto herido,
ola en tierra,
ala en suelo.

Angel bajo los pies, la sombra, que vuela
entre las cosas
y no se eleva o se va.
Espejo caído,
leve estanque, muerte mía;
reencuentro de pronto allí,
que no pienso,

donde la arena habito o la piedra.
Olvido en que al mundo
más pertenecemos.
Arca la sombra que aguarda
que nos guarda.

Arcano IX

El ermitaño

En mi mano el centro
lejano como una estrella
donde se halla el alba de la piedra
y los muros rompen en caminos.
Algún punto, ahí esconde el origen,
y es fuente y es astro y es cimiento,
ya tierra,
ya enterrado.

El fuego abre las páginas de un libro,
de áureas láminas ancianas,
amanecer instantáneo en la lectura,
que también ahora nos aclara.
Rosa de mil hojas, la mirada,
flamas, momentáneos horizontes.
Los ojos arden,
paisajes en los ojos arden.

Prendo el cielo con un poco de agua
que no sé si brota como llama
o si rasga
abertura de horizontes,
girón de lo inmenso en lo cercano.

Con la luz entran los astros
y el espacio,
lo lejano irrumpe en mi ventana.

Arcano X

La fortuna

Como una piedra sin mano, el azar
que lanzan infinitas manos,
es el rostro del todo
imprevisto en lo incierto,
la esfinge en cada piedra
que sueña en el silencio.

El azar guarda, sí, un enigma
en el enigma hay un espejo
y sólo en lo que soy me rompo
en la piedra de este espejo.

Con la mirada adentro
va el camino,
la rueda avanza afuera,
pero regresa su memoria.
En el volver hay un volverse,
en el tiempo molinos
de luz y desenlaces.

Arcano XI

La fuerza

Noche del fondo
que cae por las gargantas,
enterrándose, entrañándose,
árbol en el cuerpo hundido,
con una piel y un ojo en donde brilla el cielo.
Noche con una piedra oscura
de luz clara
y el recuerdo que es fuente tiempo adentro,
interna transparencia,
río fantasmal que nos reúne.
La fuerza es sin saberlo una memoria
que desde algún origen nos impulsa.

En la noche somos raíz profunda,
anclaje en los metales,
senda abismal que pierde el sueño:
cabellera infinita,
sepulta en el silencio y loca
soles del sueño polimorfo
en las comarcas de la sombra.
Medusa fue quizás de mirar tanto
hurgó mi fondo y topó mi piedra.

¿Qué astro incendió al tigre
la noche en ascuas que fraguó su esencia?
Hambre de lo que mira tiene el fuego,
vuelo de tigre en tierra;
y ansia de lo inasible
del águila íntima en la altura.
No sé qué estrella prenderá mi esencia,
ni cuántos despertares tiene el ojo.

Arcano XII

El colgado

Inverso, suspendido
como hundido en un espejo, el colgado
es quizás una sombra
de alguna posibilidad más real.
Pisa el aire y no avanza,
acaso vuela
o titubea
como hojas en suspenso,
golpea sus propios muros como péndulo,
fuera del tiempo
extraviado.

Fruto es pendiente de otro mundo
o tal vez va en la nada,
el colgado,
allá en el otro lado del espejo.
Por lo inasible ahogado.
Es náufraga su voluntad sin tierra.
¿El viento que lo mueve
es una música en que danza,
o es ya viento el que danza
y con los astros gira y se detiene?
¿A quien su cuerpo suelto
en su obediencia escucha?

El mundo se interrumpe en el espejo,
y del otro lado es el mar
sin ser que nos enfrentan los reflejos.
¿Es ya un vértigo el canto de sirena,
su caída también un vuelo
en un mundo al revés?
A lo desconocido se va, así,
perdido.

Arcano XIII

La muerte

Me quedé sin tu voz
y sin tus manos, sin tus ojos
que tenían el color de la noche
y el sabor de los sueños.

Todo sueño al encenderse quizá
nos mata y vive de nosotros,
su tenue intensidad es un exilio;
sin orillas las manos,
ya los pies sin caminos,
la libertad sin puerto.

Pero quizá podemos vivir en una sombra,
quizás en los sueños vivimos muertos.
La imagen es lo muerto y el deseo,
vida del polvo es el deseo.

Quizás un fuego es sueños
volar fuera de sí,
como Ícaro en el ala de su incendio,
ángel que parte
buscando una existencia.

Arcano XIV

La templanza

Tú eres fuego
yo soy mar
soy el mar del fuego;
tú, la flama
en el incendio del océano.

Tú eres fuego,
yo soy viento,
soy el viento en las alas de la llama;
tú, la lumbre
en que prende invisible el viento.

Tú eres aire,
yo soy agua,
eres el aire interno
y transparente del océano,
soy espejo
que ancla el cielo.

Tú eres fuego,
yo soy tierra,
tú eres el ascua que recuerda,
la antigua tierra en sus metales,

soy la ceniza
que olvidó su fuego.

Arcano XV

La pasión

La noche de tu mirada
fue de pronto
la mirada de la noche;
hubo intemperie sin bordes
y un desnudarse que toca
hasta el hueso de las cosas.

Mordimos sol, tierra, viento;
brillante en la piel fue cada estrella
como un ver sin luz, casi tocando,
o un saber
sin distancias ya, sin mediaciones.

Sed de ser
deseo de océano en las entrañas
y hambre de astro entre las manos ciegas.
Quiero tu voz en que prende el cuerpo
y tu audacia
de ángel encendido;
en tu fuego vuelo,
en tu ola yo me incendio,
ardo de agua,
de luz vuelo.

Tus ojos son noche y fuego
ríos piedra
que atravieso;
y ave soy y ávida sombra,
sólo un sueño
herido por el aire.

Arcano XVI

La torre

En la torre hay ventanas
por donde mira el fuego
mira el fuego, devora
y nos convierte en fuego
es como un tigre interno
abierto por las cosas
o un gran sueño de luz que se desata.

Los sueños andan sueltos por la torre,
abren sus fauces súbitas los huecos,
garras de piedra hunden los techos.
Como habitante extraña
despierto en un espejo:
hay escaleras que corren sin fin
hacia ellas mismas
y cuartos que se adentran
adentro de otros cuartos.
Pero los sueños
no sé si son una salida
o si los sueños nos encierran
y yo no sé
si nos dan otra vida
o si los sueños nos matan.

Arcano XVII

La estrella

Agua de estrellas corre entre las piedras,
agua que encienden las estrellas,
fluye por tierra el cielo
pasa inasible en tiempo.
Huída siempre
del río abierto en precipicios,
una antorcha que corre
con el cielo y los astros,
y aquí entre los árboles no cabe.

Río al que arrastran
los tiempos más antiguos,
caída a la que llama
una voz del origen.

Brillan al viento
los aromas lejanos,
lo vacío se parece al pensamiento.
El tiempo nos desnuda
hasta la luz como a los astros.
Caminos que abren dentro,
también internas llamas.

Por una estrella caminamos ciegos,
resplandor que se oculta en lo inmediato,
enigma ombligo, cicatriz del fuego.
El destino se ahonda
y topará la estrella.

Arcano XVIII

La luna

La luna no se disuelve en la noche
como las otras piedras.
Tras de la luz olvida
un corazón desierto.
Empeñado en su sol,
su solo pensamiento,
ni se amortigua en piedra,
ni disipa la noche con su intento.
Su día vive encerrado en un espejo
y su voluntad en un sueño.

Agujero en la oscuridad, la luna,
como el sueño,
con su espejo sin tierra,
sin aire, sin agua y sin fuego.
Deshabitados siempre,
la realidad no acaba con los sueños
y es un pozo la ausencia
del espejo.

Arcano XIX

El sol

Unidad en blanco que quiebran
 los colores,
a la luz se le saldría el mundo,
pero en su acorde es transparencia
joya invisible que encerró el Tesoro,
silencio
que escuchó toda la música y piensa.

Como cosas se encienden las imágenes,
no hay hogueras en los brillos,
en luz
recaudan mundo los espejos,
quizá con luz se piensa.

Trae sol la luz
como un origen
que aclara,
una memoria
 que ilumina,
 que es pureza.

Arcano XX

El juicio

A Zina

Hay quienes murieron de silencio
y a quienes mataron por haber hablado.
Voces hay
que dan vida
y voces que matan,
palabras de nadie para nadie
y juicios sostenidos sin justicia.

No sólo con aire respiramos
también con las palabras.
Hay nombres que nacen de la vida,
son aliento,
nos habitan con un alma.
Y nacemos a mundo donde estar
con la piel entera
y tocando con las manos.
Aspiramos al mundo en la voz,
a luz nos damos.

Pero, hay palabras donde nunca estamos,
ni las vivió nadie,
ni podríamos respirarlas.

Hay mudez que es como muerte
y también,
muertos que hablan.

Arcano XXI

El mundo

Para atrapar al sol
 pulí la piedra,
lavé mi corazón,
entré en el agua
y tuve al mundo atravesado
por un río diáfano y claro.

Un afán de brillante empuja al agua.
Lava en su espejo el mundo
que en lo fugaz se vuelve fuego nuevo,
rostro en blanco
y fragua de pureza;
flecha en lo real de manantiales.

En la imagen la cosa se destrenza,
se nos disuelve intacta.
Sabor de olvido el agua
brillante de reflejos.
Su correr es volar,
un desprenderse,
ser de abismo o quizás ave de nada,
sed de cielo o avidez de nada.

Y fue una piedra de aire entre mis dedos
el agua rota por lo inmenso.

Arcano 0

El loco

Amarró la noche en su alforja,
a ese Proteo imprevisto, la penumbra,
las promesas de lo ignoto y las cosas
que lo negro atesora:
el olvido perdido
y el inasible sueño,
en el olvido un tiempo sin historia
y en el sueño sin tiempo,
una historia extraviada
y los frutos prohibidos
que resguarda la sombra.

Lo imposible es inolvidable.
Mitad vivimos cara hacia la noche
y en el borde del párpado inventamos.
Anhelo loco por despertar en un sueño,
porque son otros los jardines de la noche
otros los puertos y los horizontes.
Caminar caminar
hacia lo que aún no existe,
por lo intempestivo del rayo
o la vaguedad del naufragio.

En la noche fundar el día,
en el día abrir la noche.

Índice

TIERRAS

Popocatépetl	15
Río	16
Paisaje en automóvil	17
Paisaje	18
Banda de campesinos	19
Quito	20
Pachacamac	21
Paisaje interior	22
Casa de pueblo	23
La estrella	25
Tepeyólotl	26
Ehécatl	28
Océlotl	36
El señor de los ruidos	45
Un inverso	47
Ixtapa	49
Zihuatanejo	50
Loreto	51
Trópico	53
Poemas del verde I	54
Poemas del verde II	55

Poemas del verde III	56
Poemas del verde IV	57
Poemas del verde V	58
Flores I	59
Flores II	60

MARES

Poemas azules I	63
Poemas azules II	64
Poemas azules III	65
Poemas azules IV	66
Poemas azules V	67
Poemas azules VI	68
Poemas azules VII	69
Poemas azules VIII	70
Poemas azules IX	71
Poemas azules X	72

HIELOS

Wilderness I	75
Wilderness II	76

<i>Wilderness III</i>	78
<i>Wilderness IV</i>	79
<i>Icefields I</i>	80
<i>Icefields II</i>	81
<i>Icefields III</i>	82
<i>Icefields IV</i>	83
<i>Leighton studio I</i>	84
<i>Leighton studio II</i>	85
<i>Leighton studio III</i>	86
<i>Leighton studio IV</i>	87
<i>Leighton studio V</i>	88
<i>Leighton studio VI</i>	89
<i>Leighton studio VII</i>	90
<i>Leighton studio VIII</i>	91
<i>Leighton studio IX</i>	92
<i>Leighton studio X</i>	93
<i>Leighton studio XI</i>	94
<i>Leighton studio XII</i>	95
<i>Escultura en blanco I</i>	96
<i>Escultura en blanco II</i>	97
<i>Escultura en blanco III</i>	98
<i>Escultura en blanco IV</i>	99
<i>Escultura en blanco V</i>	100

Escultura en blanco VI	101
Escultura en blanco VII	102
Escultura en blanco VIII	103
Escultura en blanco IX	104
Escultura en blanco X	105
Escultura en blanco XI	106
Escultura en blanco XII	107
Escultura en blanco XIII	108
Escultura en blanco XIV	109
Rosas blancas I	110
Rosas blancas II	111
Rosas blancas III	112
Rosas blancas IV	113
Rosas blancas V	114
Rosas blancas VI	115
Rosas blancas VII	116
Invierno	117

AIRES

Petición	121
Libertad	123
Laberinto	125

Fondo	126
Las viejas	128
La <i>stella</i>	129
Los ángeles	131
Los trabajos del aire	133
El círculo	135

ARCANOS

Arcano I	139
Arcano II	141
Arcano III	143
Arcano IV	145
Arcano V	147
Arcano VI	149
Arcano VII	150
Arcano VIII	152
Arcano IX	154
Arcano X	156
Arcano XI	157
Arcano XII	159
Arcano XIII	161
Arcano XIV	162

Arcano XV	164
Arcano XVI	166
Arcano XVII	167
Arcano XVIII	169
Arcano XIX	170
Arcano XX	171
Arcano XXI	173
Arcano 0	175



Poemas del verde; antología de paisajes,
de Verónica Volkow, se terminó de editar en
agosto de 2022, en Toluca, Estado de México.
Para su formación se usó la familia tipográfica
Matiz, de Juan Carlos Cué. Diseño y formación:
Hugo Ørtiz. Cuidado de la edición: Grecia Yisel
Millán Herrera. Editores responsables: Alejandro
Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

En este poemario escuchamos las voces de tierras, mares, hielos y aires que festejan la naturaleza y la vida regida por sus propias leyes; de ahí su final, dedicado a los veintidós arcanos del tarot como si todo lo antes dicho en ellos estuviese contenido. Encontramos aquí poemas cortos, plétora de imágenes cristalinas y directas; otros, en su largo aliento, desatan una furiosa silva con sonoridades de prosa en un ritmo sostenido. Hay una mexicanidad profunda y antigua en las venas de estos versos, y una fuerza lírica, barroca, lograda siempre con la palabra cuidadosamente elegida de entre todas las palabras posibles, congelando en el acto la lectura para dar espacio a la reflexión profunda. En esta obra, la autora revela el origen de sus versos: “Sólo en la libertad estoy realmente. Mi raíz es lo múltiple”.